

BENITO DÍEZ MARTÍN
TRIBUNA LIBRE

Reivindicación y defensa de la obra pública

En la próxima campaña electoral las denominadas políticas sociales se llevarán, previsible y muy oportunamente, la parte del león del debate político. Apenas sabremos nada de lo que cada partido político propone en relación con la construcción, conservación y explotación de unas obras que justamente adjetivamos como públicas, y que constituyen un patrimonio de todos que también cabe calificar, en sentido amplio y con toda propiedad, de política social de larga data.

Aclaremos primeramente, con José Ortega y Gasset, que «no se trata de que los ingenieros quieran hoy dejar su ingeniería para tornarse fuerza política. Es más bien lo contrario. Acuden a la vida pública como lo que son, como hombres de ciencia y práctica técnica, aportando a la gobernación lo que es su haber, el conocimiento»; convengamos también con Juan Benet en que «el ingeniero de antaño, aclamado y venerado por la sociedad como portador de la luz, del agua corriente, del ferrocarril y del progreso» ya no existe —afortunadamente el agua corriente llega a todos los pueblos de este país desde hace muchos años, un agua que, conviene subrayarlo, no la dan los ríos, sino las obras hidráulicas—; pero concluyamos, de igual modo, que el previsible olvido que durante la campaña electoral sufrirán las obras públicas acaso sea injusto y desde luego injustificado.

Nadie niega que en este país se planificaron y construyeron en los años de bonanza algunas infraestructuras innecesarias —del mismo modo que quizá, por venir a una política claramente social como la educativa, no fuera razonable que se ubicara «una Universidad en cada pueblo»—, pero ¿por qué no reconocer que la gran parte de lo hecho está bien hecho? Vale con subirse al metro de Londres o conducir por el Mezzogiorno italiano —región también beneficiaria de cuantiosos FEDER— para ratificarlo. ¿Por qué renunciar, pues, a seguir enriqueciendo y conservando adecuadamente un patrimonio del que todos deberíamos enorgullecernos? ¿Por qué no leer con satisfacción todos los días las noticias que dan cuenta de las adjudicaciones de obra pública a empresas españolas en todo el mundo? Con irónica lucidez y enfado muy suyo, Miguel de Unamuno llamaba al español por su nombre: «¿Contra quién es ese aplauso?»...

A menudo, o casi exclusivamente, la inversión en infraestructuras se justifica por consideraciones económicas: «Cada euro invertido casi duplica su valor en actividad económica, hasta 1,92 euros»; «De cada euro gastado en infraestructuras, 0,49 euros revientan al Estado a través de impuestos, prestaciones por desempleo y cotizaciones sociales»; «Se trata de un sector con un bajo consumo de importaciones, ya que sólo se compra en el exterior el 9% de la inversión, frente al 50% de sectores como la automoción»; «Es además uno de los principales motores del empleo, con 14 puestos de trabajo creados por cada millón invertido»; etc. Este enfoque economicista resta valor sin embargo



a las otras aportaciones en verdad principales de las obras públicas: vertebran y cohesionan el territorio, preservan el medio ambiente y coadyuvan a que las tenidas por políticas sociales stricto sensu —educación, sanidad...— cumplan con mayor eficacia sus objetivos. ¿Acaso no es hacer política social que una carretera esté en buen estado y se salven vidas humanas? ¿O que una ambulancia llegue al último pueblo de la última de las montañas —o que un niño de ese mismo pueblo acuda a una escuela cercana— en un tiempo razonable? ¿No es hacer política sanitaria y ambientalista construir estaciones depuradoras de aguas residuales para que las generaciones futuras disfruten de unos ríos incontaminados? En suma, ni todo el gasto social es sólo 'gasto', ni toda la inversión en obra pública es sólo 'inversión'.

Por último, no conviene ocultar que tal vez una de las razones de que se hurte en esta campaña electoral el debate sobre qué infraestructuras queremos, sobre qué infraestructuras necesitamos, estriba en que ha habido demasiada corrupción política —toda corrupción siempre es dema-

» *Nadie niega que en este país se planificaron y construyeron en los años de bonanza algunas infraestructuras innecesarias pero ¿por qué no reconocer que la gran parte de lo hecho está bien hecho?*

siada— asociada al mundo de la construcción —o por ser más exactos, mayormente al mundo del ladrillo, que nada tiene que ver con la obra pública—. Merecería tratarse este punto en otro artículo, pero sí quiero acabar el presente trasladando a la sociedad que ninguna tacha puntual, que ningún escándalo de corrupción —merecedores de la mayor y general repulsa— debería desviar la atención de lo que importa: reivindicar y defender la obra pública es, también, hacer política social.

JUAN MANUEL OLCESE
BUENAS MAÑAS

Todos iremos al paraíso

Un titular de *El Diario de Burgos* constituye el punto de partida de un thriller psicológico brutal. *Todos iremos al paraíso* la última novela de José Ángel Mañas, editada por Stella Maris, arranca de manera trepidante con un muerto y un herido grave en un accidente en el primer tramo de la autopista de peaje que vincula Burgos con Bilbao.

De nuevo el paisaje castellano como protagonista de una historia escrita y pensada para su adaptación al séptimo arte. No hay nada nuevo bajo el sol. Castilla y León ha sido un gran plató de cine. El año pasado se conmemoraba el cincuenta aniversario de la filmación de *Doctor Zhivago* en la provincia de Soria. *Orgullo y pasión* protagonizada por Cary Grant, Frank Sinatra y Sofía Loren, tiene a la muralla de Ávila como principal reclamo. Y por poner otros ejemplos, *El Bueno, el Feo y el Malo* se rodó entre la sierra de la Demanda y el valle del Arlanza en Burgos y *El Cid*, el clásico de Anthony Mann, se centró en Ampudia y Torrelobatón.

En la novela de Mañas un viaje a la playa se convierte, de la noche a la mañana, en un viaje a lo más abyecto del ser humano, en el que se mezclan la visceralidad, la violencia y la fragilidad de la conciencia. La vida bascula en un momento. Te vas de vacaciones y esa vida, tal y como la concibes, acaba para siempre. La existencia se tambalea.

El descenso a los infiernos de Paz, la protagonista, pone de manifiesto la pericia narrativa de un autor que se ha convertido en un innovador del lenguaje. José Ángel Mañas domina el

» *Después de su éxito iniciático con 'Historias del Kronen', Mañas ha escrito una novela de madurez*

idioma con maestría y en esta novela despliega tal imaginación al escribir que es imposible no sentir el júbilo que provoca la mejor literatura. No hay imágenes

pretenciosas, no hay adornos retóricos. Ni un milímetro de grasa. Todo es músculo y tensión narrativa. El estilo es directo, cortante, sin florituras.

Después de su éxito iniciático con *Historias del Kronen*, un Mañas, ya entrado en la cuarentena, ha escrito una novela de madurez, de una gran fuerza, implacable. Por primera vez en su dilatada trayectoria se ha acercado a un personaje protagonista femenino. Ha entrado en el cuerpo, en la cabeza y en las sensaciones de una mujer de vida pacífica y ordenada que, por una serie de azares y malas decisiones, acaba convirtiéndose en una asesina en serie. Paz se desliza hacia el crimen de manera inesperadamente siniestra y a su paso sólo va a quedar un rastro de cadáveres.

A pesar de ello, *Todos iremos al paraíso*, incluso hasta los políticos, que de nuevo están inmersos en una precampaña electoral para ganarse a un sector de la ciudadanía y turnarse en los beneficios. No hay ideas, sólo intereses. Los partidos políticos se asemejan a empresas privadas y como tales están obligados a competir incluso con programas contrarios a sus principios. Lo único que les importa es ganar.

Por suerte, existe vida más allá de la política. El último libro de Mañas es un claro ejemplo de ello. Una novela ambiciosa y estremecedora. Durísima y cruel. Una obra maestra de la escritura.



Juan Manuel Olcese
Doctor en Historia y profesor